

# CUENTO

## EL ERROR DE DON PANCHO

*Por Mercedes Aguilar*

Una gran gritería conmocionaba a todos los que se hallaban en la plaza principal del pueblo. Ya fueran los vecinos que por ahí vivían o transeúntes, todos miraban con gran espanto y excitación el espectáculo que se había suscitado.

—¿Qué pasa? ¿Qué escándalo infernal es ese? ¿Por qué hay tanta gente en la plaza? —se inquirían algunos, vivamente afectados por la convulsión.

—Son dos. Se están peleando —contestaban otros.

—Van a matarse —decían los más drásticos.

—Pancho García está ajustándole cuentas al licenciadito fuereño —afirmaban los más enterados.

—Sí, ese que se vino a vivir para acá hace dos meses— Agregaban otros.

En efecto, un hombre corpulento, como de unos treinta años, sujetaba a otro mucho menos atlético que él y mayor de edad, por las barbas y lo zarrandeaba a su antojo, vituperándolo frente a todo el pueblo.

Los hombres que estaban en la cantina —donde al parecer, se había originado el pleito— habían salido para azuzar el coraje de Pancho, a provocarle mayor ira para que al enfurecerse más, golpeará al licenciadito con furia tal, que no le dejara hueso sano, para beneplácito y deleite del público.

Algunas mujeres, le suplicaban a García que dejara en paz al pobre hombre, pues si en algo le hubiera ofendido gravemente, ya lo había pagado con creces.

A todo eso, los niños que estaban en la escuela, comenzaron a salir, pues

ya era hora; uno de los chicos al ver el alboroto se acercó, y al reconocer a su padre y ver la manera brutal como lo golpeaban, corrió a interceder por él. por él.

De un salto se abalanzó sobre Pancho, trató de sujetarle las manos.

—¡Ya no le pegue señor! ¡Ya no le pegue a mi papá! —gritó llorando.

García, en un principio se irritó más y trató de apartar al chico de porrazo, más la presencia del niño puso de inmediato al público en su contra. Las bravatas de los amigos se transformaron en censuras cargadas de ironía y malicia; y las súplicas de las mujeres, en amenazas e insultos.

— ¡Ya ni la friegas Pancho! mira que ponerte también con el chamaco. . . —le gritaban desde la cantina.

— ¡Suéltalo cobarde! porque al niño no vamos a dejar que le pegues —vociferaban por otro lado las mujeres.

— ¡Por favor señor, deténgase! —clamaba el chico, cuya cara estaba batida en lágrimas tierra y de sangre que un puñetazo en la nariz le había sacado.

El espectáculo era en verdad lastimoso; por un lado estaba el padre, golpeado y humillado frente a todos, por el otro el chico, un niño de escasos cinco años, pequeñito, que se asía como garrapata a las piernas de Pancho, suplicándole que tuviera benevolencia.

Poco a poco, la ira de García se fue apagando, y con brusco ademán soltó al hombrecillo, con mucho desdén y casi hasta con fastidio.

El niño corrió inmediatamente a levantar a su padre, y Pancho con aire triunfal y desafiante entró de nuevo a la cantina.

Pancho sonreía cínicamente y se sacudía las manos, como cuando se acaba de matar una mosca.

La gente fue retirándose entre comentarios; al parecer, toda su furia se había desvanecido como por magia: un minuto antes vilipendiaban y amenazaban a Pancho García por golpear a un niño, un instante después, se alejaban como si acabaran de ver una comedia olvidándose enteramente del pequeño y de su padre.

Apenas se hubo recuperado de la impresión y de la golpiza, el hombre se incorporó, se sacudió el polvo, se enjugó la sangre y luego miró a su hijo largamente. El niño sollozaba, estaba convulsionado. El padre le limpió la cara con su pañuelo, se la acarició delicadamente, luego lo levantó en sus brazos y el niño se sujetó a su cuello, con todas sus fuerzas.

Lentamente cruzaron la plaza; en realidad ésta era pequeña, pero tupida de árboles —fresnos y cipreses— y entre los andadores había unas banquitas verdes, lo que le daba al lugar una sensación de placidez, de infinita tranquilidad.

Qué contraste tan brutal con la escena que minutos atrás había tenido lugar.

El sol se tamizaba entre el follaje y les quedaba de frente a ambos y a medida que se alejaban, parecía que iban al encuentro del astro. Sus sombras, enormes, se proyectaban en el suelo, y poco a poco, arrastrándose, desaparecieron junto con ellos.

Habían pasado varios días después del incidente en la plaza, sin embargo, la gente seguía comentando y tejiendo historias cada vez más intrincadas alrededor de éste. Nadie sabía a ciencia cierta lo que había provocado el pleito, pero para el caso no importaba; lo de menos era la verdad, siendo mucho más importante la expectación y el asombro que el chisme levantara, la maledicencia, la calumnia, esa mentira que comienza entre cuchicheos de comadres y acaba por aplastar como cucaracha a la víctima. El relato no era en sí lo sabroso, más bien el daño que causaba, la desgracia que acarreaba a los protagonistas de semejante escándalo, era aquello que producía el placer de los chismosos. Ninguna fuente de goce tan infinita como el mismo mal.

Así pues, lo primero que se decía —y quizá lo más carente de imaginación— era que peleaban por una mujer. Otros, afirmaban que ambos habían enterrado un tesoro juntos, y el licenciado, traicionando a Pancho (como buen licenciado) había tomado el dinero y huído con él.

También se apoyaba la idea de que los dos habían cometido un crimen en complicidad, y que deseaban matarse uno al otro para eliminar cualquier testigo.

La imaginación del pueblo es muy prolífica, pero al mismo tiempo cruel; no repara en las consecuencias que puedan traer sus habladurías, en los perjuicios que ocasionan dentro de las mentes de aquellos que por caso, se han visto envueltos en sus intrigas.

Una tarde, el desafortunado licenciado se paseaba con su hijo en los alrededores del pueblo. En la mente del padre había una inquietud, un desasosiego, que lo perturbaba grandemente. Había notado un cambio enorme con su hijo a raíz del incidente con García. Cuando llegaba a casa después de la escuela se acomodaba en un rincón, como si pretendiera estudiar sus lecciones, y desde allí, lo observaba callado, lo seguía con la mirada en todos sus movimientos y cuando volteaba a verlo, bajaba la vista enseguida.

Ya en los últimos paseos —que a la sazón, acostumbraban dar cada tarde— había notado a su hijo más taciturno, más sombrío que nunca, y esto lo alteraba profundamente.

Aquella tarde estaba resuelto a preguntarle, de una vez por todas, qué cosa era lo que le atribulaba tanto; sin embargo, no acertaba en las palabras adecuadas y el momento propicio para manifestárselo.

—Oye papá —habló de repente el niño— ¿Sabes qué voy a ser de grande?

—No lo sé.

—Voy a ser soldado.

— ¡Vaya! ¿Y por qué soldado precisamente?

—Pues porque ellos pueden matar, y cuando crezca seré muy fuerte y podré matar a ese hombre, podré matarlos a todos —espetó con rabia.

—¿Cuál hombre?

—El que te pegó.

El padre lo miró un instante.

—Mira José —dijo el padre, arrodillándose, para quedar a la altura del chico— a veces las personas mayores discutimos y en el calor de la discusión nos insultamos y hasta llegamos a golpearnos pero, no por eso se mata; matar es algo muy serio, muy malo y Dios castiga a los asesinos ¿entiendes? Los castiga y los manda al infierno. Por eso tú no debes ni siquiera pensar en quitarle la vida a ese hombre, a nadie.

—Pero él es malo y Dios castiga a los malos —dijo el niño—.

—Dios, tú lo has dicho; a tí no te corresponde meterte en sus asuntos, deja pues que El le dé su merecido, y tú, olvídate de eso. ¿Está bien?

—Sí, contestó el chico, mirándolo con reticencia.

El hombre se incorporó lentamente y miró a la lejanía, estaba muy pensativo.

—Sabes hijo, pronto nos iremos a vivir muy lejos; iremos a un pueblo mucho más bonito que éste, y tendrás cantidad de amigos, irás a otra escuela más bonita y te compraré un pony, para que vayas a pasear todas las tardes al llano.

—¿De veras? —inquirió José entusiasmado— ¿Un pony de verdad?

—Sí.

—¿Y ya no veré más a los chicos de la escuela? Porque los odio; se burlan de mí, dicen que mi papá es cobarde, pero yo les pego, yo sí te defiendo papa.

—Gracias —sonrió el padre, alborotándole el cabello con la mano— un hijo muy valiente.

¡Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que pisó la Plaza de San Juan!

Los recuerdos que tenía de ella desde su niñez eran muy lejanos; perdiéndose en un nebuloso abismo de tiempo. Sin embargo, lo poco que recordaba aún estaba ahí; el jardín lleno de árboles y de flores, la iglesia con su torre, las banquitas verdes, ahora rotas y descoloridas. Todo estaba idéntico como había permanecido en su memoria durante muchos años; todo absolutamente, hasta la cantina. . . la terrible cantina donde tiempo atrás viera cómo su padre era golpeado y humillado frente a todo el pueblo.

Una ráfaga de ira poseyó súbitamente todo su cuerpo y luego se desvaneció. Se volvió entonces a su derecha, el edificio de la escuela ya no estaba, en su lugar se encontraba el Palacio Municipal. Esta novedad le hizo esbozar una cierta conrisa.

De pronto, sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

— ¡Ah! eres tú —exclamó reconociendo a un amigo.

—Al fin te encuentro José ¿Por qué diablos te saliste del hotel sin avisar?

—Quería ver la plaza.

—Pero hombre, hemos estado en pueblos, en ciudades mucho más bonitas y no te ha importado para nada recorrerlas, en cambio te interesa este pueblo tan rascuache ¿Pues qué le viste?

—Nada hombre, olvídalo.

—Bueno, pues quería decirte que ya hablé con el enviado de la granja colectiva, y dice que nos recibirán gustosos.

—Magnífico, pues vamos ahora mismo.

Ambos subieron a sus caballos y se dirigieron hacia las afueras del pueblo. Pronto llegaron a la granja, se presentaron ante el encargado y éste los recibió muy amablemente. Después pasaron a recorrer las instalaciones y al cabo de una hora, las habían recorrido todas. Entonces, Don Pancho —así se llamaba el encargado —los invitó a pasar a un salón a tomar tequila y chicharrones. Allí se sentaron en sillones de mimbre y descansaron de la larga caminata y del sol, que estaba como brasa.

El lugar era agradable y fresco, invitaba a la conversación, a la calma.

—Pues le confieso que estoy admirado, Don Pancho; los adelantos técnicos que tiene su granja no los tienen muchas que yo conozco, ni siquiera en los Estados Unidos —dijo entusiasmado Ramiro.

—Pues así es amigo —contestó orgulloso Don Pancho con su acento ranchero— pero lo que usted acaba de ver es el trabajo de muchos años de todos los que vivimos aquí, no es nada más invertir capital, comprar las máquinas y tener peones, es el esfuerzo de la comunidad, es el deseo de todos por tener lo mejor y producir lo mejor, y eso, no lo tienen los gringuitos.

—Tiene razón Don Pancho. Pero dígame, ¿no es usted el dueño de todo esto?

—Claro que no, es la colectividad.

—Bueno, pero usted compró las tierras, las máquinas y pagó parte de la construcción, ¿o no?

—Cierto, pero lo que la granja es ahora, es el fruto del trabajo de todos los muchachos, nunca hubiera logrado yo solo lo que juntos hemos hecho.

—Oiga, pero ¿No siente que usted puso un poco más que ellos? ¿Que sería justo recibir un porcentaje mayor por esto? Disculpe mi atrevimiento pero, usted lleva la misma vida que cualquiera de sus peones.

—No son mis peones, son mis compañeros, y no veo dónde está el desequilibrio de vivir como cualquier trabajador ¿Acaso no soy eso?

Ramiro sonrió y estuvo pensativo un momento, como si no acertara a dar una respuesta adecuada.

—Caray Don Pancho, usted sí lo pone a uno a pensar.

—Pues hablando de pensar —dijo el aludido, dirigiéndose a José— Usted no ha dicho su parecer, ha estado cavilando todo el tiempo. ¿Qué opina de nuestra obra?

José cruzó la pierna y fijó la mirada en el ranchero, era en verdad una mirada muy penetrante, y después habló con voz suave y tranquila.

—Antes de responderle, quisiera hacerle yo otra pregunta que espero, no sea muy indiscreta.

—Venga pues.

—¿Por qué? ¿Por qué ha deseado compartir con los demás lo que podría haber disfrutado usted solo? ¿Por qué ha despreciado usted el lujo, el poder, que pudieron ser suyos, de haberlo querido? ¿Que lo ha hecho vivir como un peón y no como el poderoso, el dueño y señor de cuerpos y almas, como lo hacen los demás?

Don Pancho se acomodó en su asiento, pensó un instante y respondió con gravedad:

—Sabe joven, es usted el primero que me hace esa pregunta, aunque no lo crea. La gente de por aquí o es cobarde o le falta curiosidad. Ni siquiera los muchachos lo han preguntado.

Pues bien, pienso yo que los hombres están en la tierra para ayudarse mutuamente, para amarse, pero no con ese amor tan refinado como el que predicán los padres con palabras muy doctas y muy sutiles; una forma de amar tan alta, tan pura, que está muy lejos de lo que nuestros ojos de campesinos pueden ver, de lo que como trabajadores rudos e ignorantes vivimos a diario. El amor que todos sentimos por la granja, por la comunidad, ha nacido a través de largas faenas, del quehacer cotidiano bajo un sol ardiente o soportando un frío que cala hasta los huesos; cuando alguno ha sufrido un accidente o cuando se le ha enfermado a alguien su hijo, cuando levantamos la primera cosecha o cuando uno de nuestros puercos ganó el concurso regional en la Feria de Aguascalientes ¿Qué eso es muy prosaico? quizá lo sea para un catrín de esos tan refinados y tan cultos de la ciudad, pero a mi parecer y entre mis gentes, esto es la más bella de las poesías.

José quedó prendado de la sencillez y de la ingenuidad de Don Pancho, y al

mismo tiempo de su filosofía. Decidió quedarse a trabajar y disfrutar de la singular vida poética que llevaban aquellos peones.

No tardaron en hacerse camaradas. Pasaban a veces algunas horas envueltos en cierta disertación, ora hablando de las vacas, ora profundizando en cuestiones filosóficas, a veces en el campo durante la siembra, a veces en el salón, a veces afuera y de noche haciendo la guardia de rigor.

¡Qué días tan deliciosos había pasado en aquel sitio pintoresco!

Por primera vez había podido liberarse de ese instinto asesino que lo perseguía siempre desde niño. Un sentimiento rastrero y mezquino que lo acompañaba siempre; un impulso que lo orillaba a desear la muerte a cuanto hombre veía, a imaginar el modo de ajusticiarlo con todo lujo de detalle y refinamientos; era como si un deseo de venganza lo asaltara momentáneamente y luego se borrara, hundiéndose en lo más profundo y empañado de su mente. Porque después de esos arranques violentos de su imaginación, al volver a la normalidad, se convertía en un hombre cariñoso, amable y hasta tímido. Sólo cuando despertaba aquella pasión tan baja, era feroz, era una fiera, se sentía capaz de tomar un hacha y hacer picadillo a cualquiera que se le pusiera enfrente.

Hacía esfuerzos inauditos por controlarse pero, a veces, dejaba entrever parte de la tormenta que llevaba dentro, saliendo con un repentino exabrupto furibundo, en medio de la conversación más amistosa. Sabía que era vano tratar de impedir que esa locura lo poseyera, pero lo que más lo preocupaba y abatía era el presentimiento de que alguna vez no iba a controlarse, de que su propio cuerpo entonces no pondría ningún reparo y, como si todas y cada una de las células de su ser suplicaran a coro poder descargar un impulso tanto tiempo reprimido, no iba a detenerse ante nada y perpetraría el mil veces temido y deseado crimen.

Pero ¿cómo saber cuándo sucedería esto, a qué hora, frente a quién, movido por cuál estímulo? Era un verdadero horror, un infierno.

Sin embargo, gracias a Don Pancho, parecía que al fin esas nubes se disiparían.

Un día, ambos fueron a buscar provisiones al pueblo; cuando tuvieron todas las cosas, Don Pancho invitó a José a tomar un trago a la cantina. Al principio el muchacho dudó, como si un mal presentimiento lo advirtiera, pero haciendo caso omiso de lo que le decía su conciencia, entró a tomar el trago.

De pronto en algún rincón, surgió una disputa, y en menos de lo que canta un gallo, ya estaban arreándose tremendos moquetes.

Don Pancho y otros corrieron a separarlos y ahí terminó el incidente.

—Vaya, vaya. Caray, estos muchachos tan impulsivos —exclamó Don Pancho sonriéndole— aunque yo no debería de decir nada, yo fui mucho peor que ellos.

—¿De veras?

— ¡Pero vaya que sí! Un día, hasta salimos a la plaza —el ranchero soltó

una carcajada y continuó, como si aquel recuerdo le hiciera particular gracia— el otro era un pobre mequetrefe, un tinterillo, con decirte que era tan cobarde que lo arrastré de las barbas hasta allá afuera. . .

José sintió un estremecimiento horrible.

—. . . y si no es porque su hijo me viene a lloriquear, creo que lo hubiera matado.

La cara del muchacho estaba totalmente descompuesta; el corazón y todas las venas del cuerpo le latían furiosamente, su respiración empezó a entrecortarse, bufaba casi.

Al parecer, Don Pancho no se había dado cuenta de la tormenta que sus palabras habían desencadenado en el muchacho.

—¿Ese es el amor que le tiene usted a los hombres? —inquirió José sarcástico, tratándolo de contenerse.

El ranchero lo miró un momento al rostro, y luego sonrió.

—Creo que te ha indignado la forma tan vulgar de narrar este hecho tan penoso, pero cálmate —dijo poniéndole la mano en el hombro— no es para hacer tanta mohina.

José sentía la mano de Don Pancho sobre su hombro y le venían náuseas. Era la misma mano que años atrás le había propinado un puñetazo en la nariz y la había hecho sangrar.

—Estoy muy arrepentido de aquello —continuó el ranchero— y entre más viejo me hago, más lo lamento; sobretodo ahora que soy padre. A veces quisiera tener la oportunidad de volver a ver a ese hombre y pedirle perdón. De joven, muchas veces no mide uno las consecuencias de lo que hace. . .

José lo miró agudamente, como si encontrara gran verdad en lo que decía Don Pancho.

—No me gustaría que me hicieran a mí, frente a uno de mis hijos, lo que yo le hice a ese hombre. Ojalá me haya perdonado y también su hijo.

Ambos terminaron su copa en silencio.

José estaba más calmado, qué desgracia encontrar, después de tantos años de guardarle odio feroz, que el desgraciado que había escarnecido a su padre era también un hombre con nobleza.

Esa noche fue inútil tratar de dormir.

Los pensamientos se le desbordaban materialmente de la cabeza, salían todos atropellados y confusos. José sentía que la angustia le apretaba el cuello, que la sangre le hervía, que los nervios se le crispaban, que todas y cada una de las partes de su cuerpo se estremecían espasmódicamente. La cabeza le daba vueltas y sentía revuelto el estómago, a veces le venían ganas de vomitar. El mal no sólo poseía su mente, también se había introducido en su cuerpo.



Veía la figura apacible de Don Pancho, trabajando en el campo, ordeñando vacas, conversando en el salón; siempre sonriente, siempre optimista, robusto y enérgico, cariñoso y franco.

Pero, repentinamente, a esas imágenes se le superponían otras muy diferentes. Entonces lo veía golpeando a su padre, veía la chusma gritando como si aquel espectáculo le divirtiése, veía a su padre tirado en el suelo con el rostro ensangrentado y veía el aire cínico de Francisco García regresando a la cantina triunfante.

También recordaba a Don Pancho esa mañana, recordaba claramente sus palabras: “. . . y si no es porque el hijo me viene a lloriquear, creo que lo hubiera matado. . .” podía verlo reírse como si gozara recordando su maldad, ¡Cómo se reía! ¿Se reiría de él? Pero no, estaba arrepentido, sinceramente arrepentido.

¿Y no sería más bien un truco, un ardid? ¿No habría olfateado o concluído en un rápido juego de agilidad mental que él era hijo de aquel “tinterillo”, por la semejanza de apellidos, por la excesiva cólera mostrada ante la narración del incidente, y que el pérfido Don Pancho hubiera elucubrado un plan maquiavélico para reivindicarse y así huír de la justa venganza a la que él tenía derecho a tomar?

Así con el sólo hecho de decir que estaba profundamente arrepentido de aquello y que pediría perdón de rodillas si encontrara a su antigua víctima, no sólo lo exoneraba ante los demás de su culpa sino que impedía a José ejercer cualquier represalia contra él.

¡Qué asco! ¡Qué mierda de hombre! No merecía seguir viviendo un minuto más.

Pero no, ¿y todo lo anterior? ¿aquellas sabrosas conversaciones que tuvieran tantas veces?

¿Todo ese respeto, ese cariño que Don Pancho le había despertado, lo habría podido infundir con fingimientos? Y de ser así ¿qué fin podría perseguir el ranchero en ganarse el cariño de su antiguo enemigo? Todavía más, ¿en hacerle saber mediante la narración del hecho, que él había sido quien los había humillado años atrás?

De ser cierto, Don Pancho eran sin duda alguna el más vil, el más rastrero y el más perverso de los hombres.

Pero, ¿sería suficientemente estúpido como para no darse cuenta que Don Pancho fingía, que fingía su cariño, su bondad, su lealtad, aunque fuera un maestro en hipocresía?

En todo caso, tendría que fingir también su amor hacia los demás, y hubiera tenido que fingirlo desde años atrás, mucho antes de haberlo conocido.

Qué absurdo, esto resultaba la apoteosis del fingimiento y la encarnación universal de la hipocresía. Imposible, su mente divagaba entre quimeras estúpidas.

Algo en su interior le decía que Don Pancho era inocente de todas esas

acusaciones y cargos, que era en verdad noble, que estaba de verdad arrepentido y que, de volver a ver a su padre, le pediría mil veces perdón.

Había sometido a juicio a Francisco García y lo había encontrado libre de toda culpa, pero de todas formas, siempre hace falta una víctima; su sangre, sus miembros, su cuerpo, clamaban por ella y no descansarían hasta ver chorrear su sangre por el suelo, salpicada en las paredes, hasta ver sus miembros destazados y regados por toda la habitación; hasta ver sus intestinos y víceras, sus sesos de fuera, cortados en pedacitos; los ojos saltados de sus órbitas.

Ahora que sabía inocente a su víctima, el placer de ajusticiarla sería doble, sería inconmensurablemente excitante, abrumador, delicioso; sería el paroxismo infinito, el éxtasis supremo.

Saberse ruin y saber noble a su víctima. lo hacían palidecer de emoción, le aceleraban el ritmo de su cuerpo palpitante a extremos inauditos, era aquello el delirio, el vértigo experimentado hasta lo último.

Sentía que miles, que millones de voces le gritaban por dentro: ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Repentinamente todo desapareció. Sudaba frío de pies a cabeza, creía que iba a desmayarse. Prendió un cigarro.

Le vino entonces a la mente la figura de su padre, el recuerdo de aquella tarde en que le había confesado su deseo de hacerse soldado: "Matar es algo muy serio, muy malo, y Dios castiga a los asesinos, los castiga y los manda al infierno" —lloraba, gimoteaba como niño chiquito y buscaba a su padre en medio de la oscuridad.

Se levantó de pronto, tomó el hacha que estaba junto a la cama, y salió. La suerte estaba echada.

